

que pide ante todo á sus admiradores mantenerse retirados, tomarse tiempo, volverse silenciosos y pausados, un arte de orfebrería, un oficio de orifice de la palabra, un arte que pide trabajo sutil y delicado, y en que nada se consigue sin aplicarse con lentitud.

Precisamente por eso es hoy más necesaria que nunca; precisamente por eso nos seduce y encanta como nunca, en medio de esta época *de trabajo*, es decir, de precipitación, de prisa indecorosa, que se consume por *acabar* rápidamente las cosas, aunque se trate de un libro antiguo ó moderno.

Aquel arte no acierta á *acabar* fácilmente; enseña á *leer* bien, es decir, á leer despacio, con profundidad, con miramientos y precauciones, con intención honda, á puertas abiertas y con ojos y dedos delicados. Pacientes amigos, este libro no desea más que lectores perfectos, filólogos perfectos; aprended á leerme bien.

En un camino cerca de Génova.

Otoño del año 1886.

AURORA

Meditaciones sobre las preocupaciones morales.

LIBRO PRIMERO

1. *Razón ulterior.*—Todas las cosas que viven mucho se van empapando poco á poco de razón, de tal suerte, que parece inverosímil que tengan su origen en la sinrazón. ¿No cree el sentimiento ver una paradoja ó una blasfemia cada vez que se le muestra la historia exacta de un origen? Un buen historiador, ¿no está continuamente en contradicción con el medio que le rodea?

2. *Preocupación de los sabios.*—Los sabios están en lo cierto cuando juzgan que los hombres de todas las épocas se han hecho la ilusión de que sabían qué era bueno y qué malo. Pero es una preocupación de los sabios el creer que ahora estamos mejor enterados que en otras épocas.

3. *Cada cosa tiene su tiempo.*—En la época remota en que el hombre atribuía sexo á todas las cosas, no

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

creía consagrarse á un juego al hacerlo, sino ensanchar el campo de su entendimiento. Fué mucho después, y acaso no lo ha hecho aún del todo en nuestros días, cuando confesó la enormidad de su error. De igual manera, el hombre ha atribuido á todo lo que existe relaciones con la moral, echando sobre los hombros del mundo la capa de una *significación* ética. Esto tendrá algún día el mismo valor que hoy concedemos á la creencia en el sexo masculino ó femenino del sol.

4. *Contra el ensueño de una disonancia de las esferas.*—Necesitamos extirpar otra vez del mundo la abundancia de falsa sublimidad, porque es contraria á la justicia que pueden reivindicar las cosas. Para ello conviene que no pretendamos concebir el mundo con menos armonía de la que tiene.

5. *Agradecedlo.*—El mayor bien que la humanidad ha conseguido hasta ahora, es que ya no vivimos con el temor continuo de las fieras, de los bárbaros, de los dioses y de nuestros ensueños.

6. *El prestidigitador y su contrario.*—Lo sorprendente en la ciencia es lo contrario de lo que es sorprendente en la prestidigitación. Esta quiere hacernos ver una causalidad muy sencilla, allí donde funciona una causalidad muy complicada. Al revés, la ciencia nos aparta de la creencia en la causalidad sencilla, en los casos en que todo parece llano, y en que somos víctimas de las apariencias. Las cosas más sencillas son muy complicadas, por mucho que nos asombremos de ello.

7. *Cambiar la noción del espacio.*—¿Qué cosas han contribuido más á la felicidad humana? ¿Las reales ó las imaginarias? Lo cierto es que la dimensión de espacio que separa la dicha más grande del infortunio mayor no puede ser calculada más que con arreglo á cosas imaginarias. Por consiguiente, esta idea del espacio se empequeñece cada vez más bajo el influjo de la ciencia. También la ciencia nos enseñó y nos enseña que la tierra es pequeña y que todo el sistema solar es un punto en el infinito.

8. *Transfiguración.*—Los que padecen sin esperanza, los que sueñan de una manera desordenada, los que se absorben en el más allá: he aquí los tres grados en que Rafael divide á la humanidad. No consideramos el mundo de esta manera y el mismo Rafael no tendría ya derecho á considerarle así: vería con sus propios ojos una nueva transfiguración.

9. *Idea de la moral de las costumbres.*—Si se compara nuestro modo de vivir con el de la humanidad durante millares de años, se advertirá que los hombres del día vivimos en una época muy inmoral. El prestigio de las buenas costumbres se ha debilitado de un modo sorprendente y el sentido moral se ha sutilizado y elevado tanto, que casi podemos decir que se ha evaporado. Por eso nosotros, hombres tardíos, nos penetramos tan difícilmente de las ideas directoras que presidieron á la formación de la moral y si llegamos á descubrirlas repugnamos el publicarlas, tan groseras nos parecen, tan expuestas á calumniar á la moral. Veamos, por ejemplo, la proposición principal: la moral no es más que la obediencia á las costumbres, cualquiera que sea la índole de és-

tas, y las costumbres son la manera tradicional de conducirse. Donde no imperan las costumbres no hay moral; cuanto menos influyen aquéllas en la existencia, menor es el círculo de la moral. El hombre libre es inmoral, porque quiere depender en todo de sí mismo y no del uso establecido. En todos los estados primitivos de la humanidad lo malo equivale á lo intelectual, á lo libre, á lo arbitrario, á lo desacostumbrado, á lo imprevisto, á lo que no puede calcularse de antemano. En estos mismos estados primitivos, con arreglo á la propia equivalencia, si se ejecuta un acto, no porque la tradición lo ordene, si no por otras razones, como la utilidad individual que reporte, y aun por las razones mismas que en un principio establecieron la costumbre, dicho acto es calificado de inmoral, y por tal le tiene el mismo que le ejecuta, pues no ha sido inspirado en la obediencia á la tradición. ¿Qué es la tradición? Una autoridad superior, á la cual se obedece, no porque mande cosas útiles, sino porque *manda*. ¿En qué se distingue este sentimiento de apego á la tradición del temor en general? Es el temor á una inteligencia superior que ordena, el temor á una potencia incomprensible é indefinida, á algo que es más que personal. Este temor tiene mucho de supersticioso.

Antiguamente toda la educación, los cuidados higiénicos, el matrimonio, la medicina, la agricultura, la guerra, la palabra y el silencio, las relaciones entre los hombres y las de éstos con los dioses pertenecían al dominio de la moral. La moral exigía que se observasen ciertas reglas, sin pensar cada uno *en sí mismo* como individuo al observarlas. En los tiempos primitivos todo dependía del uso, de las costumbres, y el que quería elevarse por encima de las costumbres tenía que hacerse legislador y curandero y convertirse en

una especie de semidios; es decir, que necesitaba crear nuevas costumbres, cosa temible y en extremo peligrosa.

¿Cuál es el hombre más moral? Por una parte, el que cumple la ley con más frecuencia, el que como el brahmin lleva á todas partes y hasta al más fugaz instante de la vida, la conciencia de la ley, de suerte que su espíritu se ingenia sin descanso en hallar nuevas ocasiones de cumplir la ley. Por otra parte, es el más moral el que cumple la ley en los casos más difíciles. Es más moral el que más frecuentemente *sacrifica* en el ara de las costumbres, pero ¿cuáles son los mayores sacrificios? De la contestación á esta pregunta se derivan varias morales características, pero la diferencia que separa á la moral del cumplimiento más frecuente de la ley, de la moral del cumplimiento más difícil, es la de mayor importancia.

Mas no nos engañemos acerca de los motivos de esta moral, que exige como signo de moralidad el cumplimiento de una costumbre en los casos más difíciles. La victoria sobre sí mismo no es exigida al hombre por las consecuencias útiles que pueda tener para el individuo, sino con el fin de que las costumbres y la tradición aparezcan triunfantes, á pesar de todos los impulsos contrarios y de todos los intereses individuales. El individuo debe sacrificarse porque así lo exige la moral de las costumbres. Por el contrario, aquellos moralistas que, como los sucesores de Sócrates, aconsejan al individuo el dominio de sí mismo y la sobriedad como bienes particulares, como la clave de su dicha personal son una excepción, aunque á nosotros nos parezca lo contrario, en razón á que hemos sido educados bajo su influencia. Todos ellos siguen una nueva vía y son víctimas de la desaprobación explícita de los

representantes de la moral de las costumbres; se excluyen á sí mismos de la comunidad por inmorales y resultan malos, en el sentido más profundo de la palabra. Un romano virtuoso de la antigua escuela consideraba malo al cristiano, que aspiraba ante todo á su propia salvación.

Dondequiera que existe una comunidad, y, por consiguiente, una moral fundada en las costumbres, domina la idea de que el castigo debido á la violación de las costumbres, afecta en primer término á la comunidad misma. Ese castigo es una pena sobrenatural cuya manifestación y límites son muy difíciles de determinar por la inteligencia que los mira con un miedo supersticioso. La comunidad puede obligar al individuo á indemnizar el perjuicio inmediato ocasionado por sus actos, ya á otro individuo, ya á la misma comunidad. De este modo puede tomar una especie de venganza sobre el individuo, ya que por culpa de éste ó por una supuesta consecuencia de sus actos, las nubes y las explosiones de la ira divina se han acumulado sobre la comunidad, pero ella considera, sin embargo, la culpa del individuo como culpa colectiva suya y el castigo del individuo como un castigo que recae sobre ella. Se han relajado las costumbres, claman las gentes cuando ocurren casos de este género. Todo acto individual, todo modo de pensar individual, hacen temblar. Es imposible imaginarse todo lo que han debido de sufrir en el curso de los tiempos los seres escogidos, raros, espontáneos, al ser considerados siempre como seres dañinos y peligrosos y al considerarse ellos mismos de este modo. Bajo el dominio de la moral de las costumbres, toda clase de originalidad supone intranquilidad de conciencia; el horizonte de los escogidos parecía aún más sombrío de lo que era.

10. *Relación recíproca entre el sentido de la moralidad y el de la causalidad.*—A medida que el sentido de la causalidad aumenta, el de la moralidad disminuye. Cada vez que comprendemos la necesidad de los efectos y nos los representamos independientes de todo azar, de toda consecuencia ocasional (*post hoc*), destruimos por este mismo hecho una enorme suma de causalidades imaginarias, causalidades consideradas hasta entonces como fundamentos de la moral (pues el mundo real es mucho más reducido que el mundo de la fantasía), y al par desterramos del universo una parte del temor y de la coacción y una parte de la veneración y de la autoridad de que gozaban las costumbres. La moral experimenta en estos casos una pérdida. Por el contrario, el que quiere ensanchar la esfera de la moral debe cuidar de que los resultados no puedan ser sometidos á comprobación.

11. *Moral popular y medicina popular.*—En la moral que reina en una comunidad se opera un trabajo continuo del cual participan todos; la mayor parte de los hombres quieren añadir nuevos ejemplos que demuestren *la supuesta relación entre la causa y el efecto*, entre el crimen y el castigo, y de esta suerte contribuyen á corroborar el fundamento de esta relación y á aumentar la fe que inspira. Algunos hacen observaciones nuevas sobre los actos humanos y sus consecuencias y deducen de ahí conclusiones y leyes; pero solo un corto número abandona la creencia admitida en tal ó cual punto. Todos se parecen en la forma grosera y anticientífica de su proceder; ya se trate de ejemplos, ya de observaciones ó de obstáculos, ya se trate de la demostración, de la afirmación, de la expresión ó de la refutación de una ley, vemos siempre materia-

les sin valor y fórmulas sin valor, semejantes á los materiales y á las fórmulas de la medicina popular que es del mismo estilo, debiendo ser ambas juzgadas de la misma manera y no de manera tan distinta como se acostumbra. Las dos, moral y medicina populares, son ciencias *aparentes* de la más peligrosa especie.

12. *La consecuencia como gracia coadyuvante.*—En otros tiempos se consideraba el buen éxito de un acto no como una mera consecuencia de dicho acto, sino como un cuadro gracioso emanado de Dios. ¿Puede imaginarse confusión más grosera? Había que esforzarse separadamente para realizar la acción y para conseguir el buen éxito con prácticas y con medios muy diferentes.

13. *Para la nueva educación del género humano.*—Colaborad en una obra provechosa, hombres caritativos y bien intencionados, ayudad á extirpar del mundo la idea del castigo, que por todas partes le invade. Es la más peligrosa de las malas hierbas. Se ha introducido esta idea no sólo en las consecuencias de nuestra conducta, siendo ya cosa funesta é irracional el interpretar la relación de causa á efecto, como de causa á castigo. Pero todavía se ha hecho algo peor: se ha despojado á los acontecimientos puramente fortuitos de su inocencia sirviéndose del arte maldito de la interpretación con arreglo á la idea del castigo. Se ha llevado la locura hasta el punto de ver en la existencia misma un castigo. Se diría que la imaginación sombría de carceleros y verdugos ha dirigido hasta ahora la educación de la humanidad.

✓ 14. *Significación de la locura en la historia de la humanidad.*—Si á pesar del formidable yugo de la moral de las costumbres, bajo el cual han vivido todas las sociedades humanas; si durante millares de años antes de nuestra era, y después en el curso de ella hasta los días actuales (y no se olvide que habitamos un mundo pequeño, excepcional, y, en cierto sentido, la peor de las zonas), las ideas nuevas y divergentes y los instintos de oposición han renacido siempre, fué porque se hallaban bajo la égida de un salvoconducto terrible. Casi siempre ha sido la locura quien ha abierto camino á las nuevas ideas, quien ha roto el valladar de una costumbre ó de una superstición venerada. ¿Comprendéis por qué fué necesario el concurso de la locura? ¿Por qué fué necesario algo que fuese tan aterrador y tan indefinible, en la voz y en los gestos, como los caprichos demoníacos de la tempestad y del mar; algo que fuera á la vez digno de temor y de respeto; algo que llevase, cual las convulsiones y los espumarajos del epiléptico, el sello visible de una manifestación absolutamente involuntaria; algo que parece imprimir al enajenado el sello de una divinidad, de la que él parece ser la máscara y el portavoz; algo que inspira-se hasta al mismo promovedor de la idea nueva veneración y temor de sí mismo en vez de remordimientos y le impulsara á ser el profeta y el mártir de aquella idea? Aunque ahora se nos dice á cada paso que el genio tiene algo de locura, los hombres de antaño estaban mucho más inclinados á la idea de que en la locura hay un principio de genio y de sabiduría, algo divino, como se decía al oído. A veces se expresó esta idea bien claramente. «La locura ha derramado los mayores beneficios sobre la Grecia», decía Platón con toda la humanidad antigua. Avancemos un paso más,

y veremos que todos los hombres superiores, impulsados á romper el yugo de una moral cualquiera y á proclamar nuevas leyes, *cuando no estaban verdaderamente locos*, no tuvieron más remedio que tornarse tales ó fingir la locura.

Lo mismo les ha ocurrido á los innovadores en todas las esferas, y no tan sólo á los de las instituciones sacerdotales y políticas. Los mismos innovadores de la métrica poética se vieron obligados á acreditarse por medio de la locura. (Hasta en épocas muy equilibradas, la locura se les ha dejado á los poetas como por una especie de convenio, y Solón se valió de ella cuando inflamó á los atenienses para reconquistar á Salamina.) «¿Cómo se vuelve uno loco cuando no lo es ni tiene el valor de fingirlo?» Casi todos los hombres eminentes de la civilización antigua se han hecho esta espantosa pregunta; y se ha conservado una doctrina secreta, compuesta de artificios y de reglas dietéticas para conseguir este fin, al par que se conservaba la convicción de la inocencia y hasta de la santidad de semejante intención ó de semejante ensueño. Las fórmulas para llegar á ser médico entre los indios americanos, santo entre los cristianos de la Edad Media, adivino ó taumaturgo en otros pueblos, son las mismas en cuanto á los preceptos generales: ayuno continuo, abstinencia sexual constante, retirada al desierto ó á una montaña ó á lo alto de una columna, ó bien permanecer «junto á un viejo sauce á orillas de un lago», y sobre todo esto el precepto de no pensar más que en lo que puede producir el arrobamiento y la perturbación del espíritu. ¿Quién sería osado á echar una mirada al infierno de las angustias morales, las más amargas y las más inútiles, en que probablemente se consumieron los hombres más fecundos de todas las

épocas? ¿Quién se atreverá á escuchar los suspiros de los solitarios y de los extraviados? «¡Dios mío, otorgadme la locura, para que acabe por creer en mí mismo! ¡Dadme delirios y convulsiones, horas de lucidez y de oscuridad repentinas; aterrorizadme con calofríos y ardores como ningún mortal los experimentó; rodeadme de estruendos y fantasmas; dejadme aullar y gemir, y arrastrarme como una bestia, con tal de que alcance la fe en mí mismo! Me devora la duda; he matado la ley, y la ley me inspira el horror que á los vivos un cadáver; si no logro elevarme por encima de la ley, seré el mayor réprobo de los réprobos. El espíritu nuevo que late en mí, ¿de dónde viene sino de vos? Probadme que os pertenezco. Potencias divinas. Sólo la locura puede demostrármelo.» Este fervor alcanza con mucha frecuencia la meta deseada. En la época en que el cristianismo dió las mayores pruebas de su fecundidad multiplicando los santos y los anacoretas, había en Jerusalén grandes hospicios de locos para los santos náufragos, para los que habían sacrificado el último vestigio de su razón. >

15. *Los consuelos más antiguos.*—Primer grado. El hombre ve en toda molestia, en toda calamidad que la suerte le depara, algo por virtud de lo cual debe hacer padecer á otro, quienquiera que sea; de este modo se da cuenta de la potencia que le resta, y así se consuela. Segundo grado. El hombre ve en toda molestia y toda calamidad que le depara su fortuna, un castigo; es decir, la expiación de una culpa y el medio de zafarse del *mal de ojo* de un hechizo real ó imaginario. Si se penetra de esta *ventaja* que lleva consigo la desdicha, no se considerará ya obligado á hacer padecer á otro á causa de su propio dolor, y renunciará á

este género de satisfacción, puesto que se le ofrece otra.

16. *Primer principio de la civilización.*—En los pueblos salvajes hay una categoría de costumbres que parece que tienden á formar un uso general. Sus preceptos suelen ser ridículos, y, en realidad, superfluos (por ejemplo, la costumbre observada entre los kamchadales, de no arrancar con un cuchillo la nieve pegada á los zapatos, de no pinchar un carbón con un cuchillo, de no poner un hierro al fuego, preceptos cuya contravención se castigaria con la muerte); pero estos preceptos mantienen viva en la conciencia la idea de la costumbre, son un apremio continuo para obedecer á la costumbre y confirman el gran principio con el cual comienza la civilización: cualquier costumbre vale más que la falta de costumbres.

17. *La naturaleza buena y mala.*—Los hombres comenzaron por atribuir su propia personalidad á la naturaleza; se veían á sí mismos en todas partes ó veían seres semejantes, es decir, que se figuraban ver su buen ó mal humor en las nubes, en las tempestades, en las fieras, en los árboles y en las hierbas. Entonces inventaron la naturaleza mala. Pero después vino una época en que el hombre se quiso diferenciar de la naturaleza, la época de Rousseau, y tan hartos estaban los hombres de sí mismos que á toda costa quisieron poseer un rincón del mundo al cual no pudiesen alcanzar las miserias humanas: entonces se inventó la naturaleza buena.

18. *La moral del padecimiento voluntario.*—¿Cuál es el goce mayor para los hombres en estado de gue-

rra, en las pequeñas comunidades rodeadas de constantes peligros, en que reina la moral más estrecha? Quiero decir: ¿cuál es el mayor placer para las almas vigorosas, sedientas de venganza, rencorosas, pérfidas, dispuestas para los lances más tremendos, endurecidas por las privaciones y por la moral? El placer de la *crueledad*; de ahí que para estas almas y en estas situaciones se tenga por virtud el ser ingenioso é insaciable en la venganza. La comunidad se siente vigorizada ante el espectáculo de los actos de crueldad y puede desechar por un momento la presión del miedo y la inquietud de las continuas precauciones á que se ve obligada. La crueldad es uno de los más antiguos goces de la humanidad.

Por eso se ha creído que también los dioses se confortan y regocijan cuando se les ofrece el espectáculo de la crueldad; por ahí se ha introducido en el mundo la idea del sentido que tiene y del valor superior que reviste el sacrificio voluntario y el martirio abrazado libremente. Poco á poco las costumbres de la comunidad establecen prácticas conformes con estas ideas: los hombres desconfían de toda felicidad excesiva y recobran la confianza cuando se ven affigidos por algún gran dolor; se piensa que los dioses nos serian adversos al ver nuestra dicha y propicios al ver nuestro dolor. ¡Serían adversos y no se apiadarian!, porque la compasión se considera despreciable é indigna de un alma fuerte y terrible. Y nos serian propicios en la desgracia, porque el espectáculo de las miserias humanas entretiene á los dioses y los pone de buen humor, pues la crueldad nos brinda la voluptuosidad más elevada del sentimiento del poder.

De este modo se introduce en la noción del *hombre moral*, tal como existe en la comunidad, la virtud del

padecimiento frecuente, de las privaciones, de la vida penitente, de la mortificación cruel, *no* como medio de disciplina, de dominación de sí mismo, de aspiración á la dicha personal, sino como virtud que dispone favorablemente á las divinidades malignas hacia la comunidad, porque ésta eleva continuamente hasta ellas el humo del sacrificio expiatorio.

Todos los conductores espirituales de pueblos que acertaron á poner en movimiento el fango pesado y terrible de las costumbres, necesitaron, para hacerse creer, no sólo de la locura, sino del martirio voluntario, y, sobre todo esto, de la fe en sí mismos. Cuanto más derechamente se lanzaba su espíritu por nuevas vías, sintiéndose atormentado por los remordimientos y el temor, más cruelmente luchaban contra su propia carne, contra sus propios deseos y su salud, como para ofrecer á la divinidad una compensación, si acaso se irritaba por la infracción é incumplimiento de las costumbres, y por los nuevos fines perseguidos por tales hombres.

No debemos, con todo, imaginarnos, derrochando optimismo, que en nuestros días nos hemos librado completamente de esta lógica del sentimiento. ¡Interroguense las almas más heroicas sobre este punto en su fuero interno! El más breve paso hacia adelante en el terreno del librepensamiento y de la vida individual se ha conquistado en todas las épocas á costa de tormentos intelectuales y físicos. Y no sólo los pasos hacia adelante, sino cualquier paso, cualquier movimiento, cualquier cambio, han exigido innumerables mártires en el curso de los millares de años en que los hombres buscaban caminos y echaban los cimientos de la sociedad, pero en los cuales no se piensa, cuando se habla de ese período de tiempo, de ridícula bre-

vedad, que hemos bautizado con el nombre de historia universal.

Aun dentro de esta historia universal, que no es más que el ruido que se ha armado alrededor de las últimas novedades, no hay asunto más esencial é importante que la antigua tragedia de los mártires que quieren *moverse en el pantano*. No ha habido cosa que más caro costase que ese breve destello de razón humana y de espíritu de libertad, de que tan orgullosos nos mostramos hoy. Y este mismo orgullo hace casi imposible que podamos darnos cuenta en la actualidad de aquel enorme lapso de tiempo en que reinó la moral de las costumbres y que precedió á la historia universal, *época real y decisiva, de importancia capital en la historia, puesto que fijó el carácter de la humanidad*, época en que el dolor era una virtud, la crueldad virtud, el disimulo virtud, la venganza virtud, la negación de la razón virtud y en que, por el contrario, el bienestar era un peligro, y peligros eran también el ansia de saber, la paz, la compasión; en que eran vergonzosos el trabajo y la excitación á la clemencia, divina la locura é inmorales y arriesgadísimos los cambios. ¿Creéis que todo esto ha variado y que la humanidad ha mudado de carácter?... Concedores del corazón humano, ¡aprended á conoceros mejor!

19. *Moralidad y embrutecimiento*. — Las costumbres representan la experiencia de los hombres anteriores acerca de lo que consideraban útil ó perjudicial; pero el apego á las costumbres (Moral) no se refiere ya á esas apariencias, sino á la antigüedad, á la santidad, á la indiscutibilidad de las costumbres. Por eso, este sentimiento se opone á que se hagan nuevos

UNIVERSIDAD DE NUEVA LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MÉXICO

experimentos y á que se corrijan las costumbres, lo cual equivale á decir que la moral se opone á la formación de costumbres nuevas y mejores. Así nos embrutece.

20. *Los librepensadores y los que obran libremente.*
—Los que obran con libertad en la vida están en posición más desventajosa que los librepensadores, porque á los hombres les afectan de un modo más visible las consecuencias de los actos que las consecuencias de los pensamientos. Pero si se considera que unos y otros buscan la satisfacción de sus inclinaciones, y que los librepensadores la obtienen por el mero hecho de meditar sobre las cosas vedadas y de expresarlas, se confundirán ambos casos, considerándolos con arreglo á los motivos de la conducta; y por lo que toca á los resultados, los que obran libremente aventajarán á los librepensadores, aun dado caso de que no se les juzgue con arreglo á la visibilidad más inmediata y vulgar; es decir, como juzga todo el mundo. Hay que rectificar muchas calumnias con que los hombres han abrumado á los que quebrantaron con sus actos la autoridad de una costumbre: generalmente se les ha llamado criminales. Cuantos han atropellado la ley moral establecida, han sido siempre considerados en los primeros momentos como malvados; pero si no se restaura la ley quebrantada y los hombres van habituándose al cambio, varía poco á poco el calificativo. La historia trata casi exclusivamente de estos hombres *malvados*, á los cuales se considera después *buenos*.

21. *Cumplimiento de la ley.*—En el caso de que la observación de un precepto moral conduzca á un

resultado diferente del que se esperaba y se perseguía y no reporte al hombre de buenas costumbres la dicha prometida, sino por el contrario, dolor y miseria, todavía le queda al hombre tímido el recurso de decir: Se ha errado en la ejecución. Pero al cabo, la humanidad oprimida, que padece hondamente, acabará por sentenciar de este modo: «Es imposible cumplir bien el precepto; somos débiles y pecadores hasta lo más hondo del alma y completamente incapaces de moralidad; por consiguiente, no podemos aspirar á la dicha ni al triunfo. Los preceptos morales son para seres mejores que nosotros.»

22. *Las obras y la fe.*—Los doctores protestantes siguen propagando el error fundamental de que sólo importa la fe, siendo las obras consecuencia natural de ella. Esta doctrina no es verdadera, pero tiene apariencia tan seductora que deslumbró inteligencias de más fuste que la de Lutero (aludo á Sócrates y Platón), aunque la evidencia y la experiencia diaria nos muestran lo contrario. El conocimiento y la fe, á pesar de cuantas promesas encierran, no pueden darnos ni fuerza para la acción ni habilidad; no pueden reemplazar el hábito de ese mecanismo sutil y complicado que hay que poner en movimiento para que una cosa pueda pasar de la esfera de la representación á la de la acción. Lo primero son las obras: ejercicio, ejercicio y ejercicio! La fe que haga falta se nos dará por añadidura, estad seguros de ello.

23. *En qué somos más sagaces.*—El hecho de que durante millares de años se haya considerado á las cosas (la naturaleza, los utensilios, la propiedad de todas clases) como vivas y animadas, con poder de da-

ñar y de burlar las intenciones humanas, ha sido causa de que el sentimiento de la propia impotencia fuera mayor y más frecuente de lo debido entre los hombres. Era necesario dominar las cosas, como se dominaba á los otros hombres y á los animales, por la fuerza, el constreñimiento, la adulación, los convenios, los sacrificios, y aquí está el origen de la mayor parte de las costumbres supersticiosas; es decir, de una parte, acaso la mayor, y desde luego la más inútilmente doctrochada, de la actividad humana. Pero como el sentimiento de la impotencia y del miedo se hallaba en un estado de tensión tan violenta, tan continua, casi permanente, el sentimiento de la dominación se desarrolló de un modo tan sutil, que el hombre puede apostárselas en este punto con el armadizo ó trampa más sensible. Este sentimiento vino á ser su inclinación más violenta; los medios que fué descubriendo para satisfacerla forman casi la historia de la civilización.

24. *Demostración del precepto.*—En términos generales, el valor ó la carencia de valor de un precepto—por ejemplo, el de cocer el pan—se demuestra por el hecho de que el resultado propuesto se obtenga ó no, en el supuesto de que aquél sea cumplido escrupulosamente. Pero con los preceptos morales no sucede lo mismo, pues en este caso particular no es posible darse cuenta de los resultados, interpretarlos y definirlos. Estos preceptos descansan sobre hipótesis de escaso valor científico, y cuya demostración ó cuya refutación por los resultados son igualmente imposibles; mas en otros tiempos, cuando todas las ciencias eran toscas y primitivas, y se exigía muy poco para considerar demostrada una cosa, el valor ó la carencia

cia de valor de un precepto moral se determinaba de la misma manera que si se tratara de cualquier otra regla de diferente clase: ateniéndose á los resultados. Entre los indigenas de la América rusa hay un precepto que dice: «No se deben arrojar al fuego huesos de animales ni dárselos á los perros»; y se demuestra este precepto añadiendo: «el que lo haga no tendrá suerte en la caza». Y como casi siempre acontece que por una causa ó por otra no se tiene suerte en la caza, no es fácil refutar desde este punto de vista el valor del precepto, sobre todo cuando la comunidad entera y no sólo el individuo culpable, ha de expiar la falta; habrá siempre, por consiguiente, alguna circunstancia que al parecer demostrará la eficacia del precepto.

25. *Las costumbres y la belleza.*—No debemos pasar en silencio un argumento en favor de las costumbres: es que en aquél que se somete completamente á ellas, de todo corazón y desde el principio, los órganos de ataque y de defensa, físicos é intelectuales, se atrofian, lo cual permite á ese individuo volverse más bello, pues el ejercicio de dichos órganos y el sentimiento que los dirige es lo que hace feo y conserva la fealdad. Por eso el babuino viejo es más feo que el joven y la hembra del babuino, cuando es joven, se asemeja más al hombre y es más bella que cualquiera de sus semejantes. Sáquese de ahí la conclusión sobre el origen de la belleza en la mujer.

26. *Los animales y la moral.*—Las prácticas exigidas en una sociedad refinada: evitar con cuidado todo lo ridículo, extravagante y pretencioso; refrenar las virtudes y los deseos violentos; mostrar ecuanimidad, someterse á reglas, disminuirse, todo esto, en